

El eclipse, ocurrido el 28 de mayo, se inició en Cáceres a las dos horas y veintitrés minutos, finalizando a las cuatro cuarenta y nueve. Su fase máxima la tuvo a las tres y cuarenta y uno. El sol fué apagándose lentamente; los ganados que había en el Real de la Feria, se agitaban inquietos; las cigüeñas volaron hacia las torres; las abejas se recogieron en sus colmenas. Todos los animales buscaban sus refugios nocturnos. La naturaleza, suspensa ante la prematura noche, se envolvía en sombras que coronaban en lo alto las estrellas.

Fué un fenómeno impresionánte, que recogió la prensa con frases de justa admiración, porque aquí no cabe distingos, como en lo de la «Galatea»: ayer, hoy y siempre el ánimo del hombre ha de quedar suspenso ante los fenómenos de la Naturaleza, eternamente bellos y eternamente impresionantes.

El eclipse de sol fué el gran acontecimiento de la Feria cacereña y de todo aquel año 1900, con el que finalizaba un siglo poco feliz para el mundo. La poetisa extremeña Carolina Coronado, escribió en los últimos días de aquel año, la siguiente estrofa:

«El siglo va a partir... Abridle paso  
y hagamos la señal sobre la frente.  
Ningún siglo fué a hundirse en el ocaso  
con rayo más sangriento y más hiriente».

¡Qué lejos estaba de sospechar las hecatombes que el Destino depararía al futuro siglo!

MIGUEL MUÑOZ DE SAN PEDRO

✕

## IDEARIO EXTREMEÑO

Mas ¡ay! que es la mujer ángel caído,—o mujer nada más y lodo inmundado,—hermoso ser para llorar nacido,—o vivir como autómeta en el mundo.—Sí, que el demonio en el Edén perdido,—abrasara con fuego del profundo—la primera mujer, y ¡ay! aquel fuego—la herencia ha sido de sus hijos luego.

JOSÉ DE ESPRONCEDA

## Canto a Espronceda

Dicen que fué el azar, y fué el destino  
quien te llevó a nacer a Extremadura:  
clima pujante en cielo cristalino  
propicio a la pasión y a la aventura;  
radiante, inmenso, animador camino  
de la audacia gentil, gloriosa y pura  
por donde el mundo conoció asombrado  
al hombre en temple de titán barbado...

Y quiso Dios por que tu genio fuera  
vigoroso, tajante, estremecido  
en ráfagas de eterna primavera  
y en fragua de gigantes encendido,  
que Extremadura por tu luz primera  
y el soplo de aire del primer latido  
de tu pecho, te diera con su aliento  
su esencia al corazón y al pensamiento.

Qué importa que después el jardinero  
trasplantara el rosal con el capullo  
si ya la tierra del jardín primero  
su alma le dió para llamarle suyo?  
Quién viéndote forjado en altanero  
no conoció tu cuna por tu orgullo  
si el extremeño espíritu levanta  
tu voz vibrante cada vez que canta?

De Cortés y Pizarro centellea  
la espada en tus estrofas encendidas;  
sus gestas resucitan en tu idea;  
tu intrepidez es carne de sus vidas;  
tu espíritu en el suyo se caldea  
cuando el dolor desangra tus heridas,  
y el grito de tus labios lastimeros  
tiene el vigor astral de sus aceros!

Nacido en cumbre de gigantes fines  
con la chispa del genio esplendorosa,  
médula a tu niñez dan los clarines  
del patriotismo en guerra impetuosa.  
Doraron de tu infancia los confines  
estímulos quizá de la gloriosa  
epopeya viril: fe de heroismos  
con impaciencia de pisar abismos.

No halló tu afán incómoda ninguna  
trinchera, para derrochar tu brío,  
corriendo por los sueños de la luna  
ya una cita de amor, ya un desafío,  
ya una conspiración que la fortuna  
—siempre madrina fiel de tu albedrío,  
quizá del padre Apolo mensajera—  
llegado el riesgo te salvó ligera.

Tu vida ardiente, luminosa y brava,  
buscó tal vez las cumbres celestiales  
en un planeta convertido en lava  
por todas las pasiones infernales.  
Quisiste alzar la frente, y como estaba  
sujeta a los furiosos vendavales  
quemaste el corazón... Tu verso alado  
supo alzarte después purificado.

El cielo de tus sueños generosos  
que tu vida arrastró como un torrente;  
los ruidos de la fama estrepitosos  
lauros ciñendo en torno de tu frente;  
las llamas de tus versos impetuosos  
incendiando de júbilo a la gente,  
dejaron ver tu pecho estremecido  
por un amor de eternidad herido?

Quién ve en las olas de la mar que agitan  
los altos vientos, y en vaivén sonante  
a besarnos los pies se precipitan,  
la ley que impulsa su bullir gigante?  
Quién ve en los tallos que en Abril excitan  
las ricas savias, el hervor triunfante,  
ni quién detiene la pujante aurora  
que abre los senos de la inmensa flora?

Quién las alas del águila sujeta  
cuando al espacio rápida se lanza  
tensa y vibrante igual que una saeta  
ni quién su afán a descubrir alcanza?  
Quién penetrar pretende del poeta  
la inquietud, si le anima una esperanza  
que de su corazón en lo profundo  
enciende Dios y desconoce el mundo?

Una esperanza alimentó tu pecho  
que en la raíz de tu existencia ardía,  
cuando de España el inmortal derecho  
de heridas de traición convalecía...  
El mundo entero en lágrimas deshecho.

sin fe, sin voz de humanidad, se hundía,  
y tú soñaste que tu vida fuera  
de la Patria y del bien una trinchera!

Y fué en tu frente el Universo un grito  
desgarrado de amor... Y era un arcano  
tu corazón, ardiendo en el «delito»  
de amar sin tasa al universo humano!  
Tu vena esponja fué del infinito...  
La eterna luz reverberó en tu mano,  
y en los abismos de la vida viste  
la amargura sin fin que en ella existe.

Qué importaba que fueran los colores  
de tu pincel, alegres o sombríos  
si por lavar innúmeros dolores  
abriste el alma en abundantes ríos?  
Quién apellida oyendo tus clamores  
—torpe o audaz—de ciegos desvaríos  
la gama de tragedias de la vida  
por ir de tu emoción enriquecida?

Si al mendigo, al verdugo, al reo de muerte  
buscaste el corazón y hablar le hiciste,  
y era en su voz la llaga de su suerte  
piltrafa hedionda, vergonzosa y triste,  
no fué tu afán herir al que divierte  
las horas de su vida y se resiste  
al ajeno dolor: esos destellos  
le diste tú por que se viera en ellos!...

No hubo crueldad en tí! Ni hubo osadía  
en tu robusto «Canto del Pirata»!...  
El genio irrumpe cual la luz del día  
y el bien y el mal su exaltación retrata.  
La grandeza del Arte es energía:  
cuando destaca el mal su germen mata.  
Buzo gentil del pavoroso abismo,  
solo fuisfe cruel contigo mismo!...

Solo contigo!... Cuando Abril asoma  
con sus primeras flores en tu frente,  
toda la vida en tus anhelos toma  
cumbres de amor vertiginosamente.  
Te arrulla desde el sol una paloma...  
En el placer te acecha la serpiente  
de la amargura, y se te enrosca al pecho  
toda la vida... Soñador, qué has hecho?

Era el Amor, y fueron los amores...  
Estos, rompiente desatado y ciego

con brillo popular, olor de flores,  
fondo de hiel y márgenes de fuego.  
Aquél, pasión de sueños redentores,  
impulso heroico y sacrificios luego.  
Patria, Piedad, y Libertad y Lira  
fueron sus nombres. Y Teresa, Elvira,

tus dos amores máximos: La rosa  
que enamorada se convierte en llama  
y al huracán de su pasión celosa  
en imponente rebeldía se inflama,  
y la dulce, paciente y candorosa  
joya de amor que muere por que ama,  
y que ama hasta morir, y que perdona  
muriendo al burlador que la abandona.

Teresa creyó en tí del mismo modo  
que Elvira en Montemar: Sugestionado  
su pobre corazón lo olvidó todo...  
Era el amor más fuerte que el pecado!  
Ah! quién tu llanto salpicó de lodo  
cuando llorabas sangre, arrodillado  
ante su tumba, alzando a su memoria  
un monumento de emoción y gloria?

Fué Satanás!... Cuando el amor empalma  
la tortura al dolor sigue tu huella...  
—Por las ardientes llagas de tu alma  
ganaba el cielo tu oración más bella.—  
Se filtró en tu dolor; turbó tu calma...  
¡Profanó tu oración pisando en ella!  
Y aquella mancha en grito permamente  
como un estigma se clavó en tu frente.

Teresa fué tu irresistible anhelo!  
Elvira el ideal!... Ciego de llanto  
las quisiera fundir tu desconsuelo,  
que así se sueña cuando se ama tanto.  
Luego el orgullo desgarrando el velo  
de la ilusión, exasperó el quebranto,  
y de Jarifa en el asilo triste  
a envenenar el corazón corraste.

Pero eras tú!... Y el vértigo suicida  
que prologó quizá una carcajada  
rezumante de hiel, y enrojecida  
por el esfuerzo con que fué lanzada,  
frenó la fe en tu espíritu dormida  
de tu alma varonil, que avergonzada

de la debilidad de aquel instante  
con un grito de luz te alzó arrogante.

Y alta la frente, la melena al viento  
y en derredor de tí la primavera  
besos tirando al alto firmamento,  
buscaste allí quien tu valor midiera  
y hallaste al sol y retumbó tu acento  
mandándole parar en su carrera;  
y ante su orgullo, con certero tino  
le arrojaste a la cara su destino.

Tu altivez igualaba a su grandeza:  
Si él era emperador de cuanto baña  
su rutilante luz, en tu cabeza  
se erguía el Imperio universal de España!  
Y el romántico airón. Y la entereza  
que agrega al sueño la gigante hazaña!  
Y el Arte audaz que de tu verso hizo  
vaso inmortal de perfumado hechizo!

Todo en tí fué, grandeza y bizarría.  
Nimban tu nombre nervios de aventura;  
corren por él raudales de poesía!  
Epílogo brillante a tu figura  
Bernarda dió, llevando día tras día  
su vida en flores a tu sepultura...  
Y al morir te dejó con sus amores  
una palma escondida entre las flores.

Yo reverente la cabeza inclino  
de esa mujer ante el amor constante.  
Cáliz de miel que te negó el destino.  
Oasis de paz para tu vida andante.  
Mas... si lo admite Dios, yo sé el camino  
que aun en la tumba inquieto y delirante  
buscando estás...: el de Teresa!...—Queda  
cantada así la gloria de Espronceda.—

MANUEL DELGADO FERNANDEZ